

# LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

## EL TRABAJO

BAJO EL PUNTO DE VISTA FILOSÓFICO Y RELIGIOSO.

II.

«Lo que debe constituir la fuerza y el honor de una época, empieza por formar su miseria,» ha dicho un profundo pensador; nosotros creemos que con la historia en la mano pudiera probarse la exactitud de esta aseveración. Desenvolvimos ligeramente esta idea en los artículos titulados *Las Revoluciones*, á los cuales nos referimos; solo añadiremos aquí que la humanidad no registra en sus anales ningún hecho glorioso nacido al calor de una idea fecunda, que no haya dado ocasión y pretesto á profundos trastornos sociales. El establecimiento del cristianismo costó una lucha de largos siglos, torrentes de sangre y la destrucción de un grande imperio, en cuyas inmensas ruinas quedó envuelto el mundo antiguo. La abolición de la esclavitud que reintegró al hombre en sus mas preciosos derechos, la emancipación de los comunes que rompió los lazos que ataban el vasallo al terruño del señor feudal y la conquista de las franquicias y libertades que enfrenaron las demasías del poder supremo, se compraron en los siglos medios á costa de sangrientas é interminables luchas, precursoras de la edad moderna.

Por esto es que los que se acostumbran á ver en todos los grandes hechos sociales la mano de la Providencia, que dirige la libertad

humana sin destruirla, no se entregan á la desesperación, ni prorumpen en amargas quejas y vanas declamaciones, al contemplar el cuadro que ofrece el mundo moderno. Imponente, fiero y amenazador se presenta en nuestros días el socialismo, amagando sangrientas catástrofes; pero ¿por qué no examinar con serena frente y ánimo tranquilo este hecho característico de nuestros tiempos? por qué no pensar que «lo que debe constituir la fuerza y el honor de una época empieza por formar su miseria?»

No es que seamos nosotros partidarios del socialismo, ni mucho menos; pero en el fondo de esas anárquicas tendencias que perturban la época presente, descubrimos una grande cuestión, la cuestión del trabajo, que tarde ó temprano en este ó estotro sentido tiene que ser resuelta, porque nunca se plantea en vano una cuestión social. Y es un hecho innegable, un hecho que salta á los ojos de cualquiera, que la cuestión está ya planteada, no siendo menos evidente que los medios hasta aquí tentados para resolverla no conducen á la solución apetecida. ¿Cuál será esta? por qué caminos se llegará á obtenerla? Todas las ciencias tienen sus misterios, pero ninguna cual la histórica, que linda con el porvenir. «El mundo antiguo se acaba, dice Mr. de Tocqueville, pero ¿cuál será el mundo nuevo? Creo que nadie, por talento que tenga, puede dar contestación á esta pregunta. Los mas grandes talentos de nuestros tiempos no se



encuentran en mejores condiciones de lo que se encontraron los de la antigüedad para poder adivinar la abolición de la esclavitud, la sociedad cristiana, la irrupción de los bárbaros, acontecimientos sorprendentes que renovaron la faz de la tierra.» Verdaderamente es imposible prever lo que vendrá en pos de la temerosa crisis que atravesamos; podemos empero señalar las causas que la produjeron, y la ineficacia de los remedios que se le aplican para conjurarla. El trabajo y el capital no están en armonía, es indudable; el rico abusa de su posición, y el proletario de las ventajas que le proporciona á veces el mayor número. Ciertamente hay aquí algo grave, muy grave, que ignoramos como haya de resolverse, pero que podemos asegurar desde luego no lo será por la fuerza material, ni tampoco por los sueños de los utopistas. La fuerza nada puede en la región de las ideas: verdad es que á veces impide su curso, y digámoslo así, las tiene suspendidas por un intervalo mas ó menos largo; pero sucede al fin que la idea combatida gana en fuerza y vigor todo lo que habia perdido en tiempo. Y las teorías utópicas que minan por su base la actual organización social, que contrarían las tendencias de la naturaleza, no producirán otros resultados que sumir la sociedad en el caos y agravar la situación de los que padecen, haciendo mas y mas difícil su remedio. Aunque ignoramos cual sea este, estamos seguros de que existe, y no fuera de nosotros, no en regiones quiméricas, sino en la sociedad misma, cuya organización, segun probamos en el anterior artículo, está basada en la naturaleza misma de las cosas, y obedece á un plan sapientísimo evidentemente trazado por el dedo de Dios.

Por esto es que nosotros somos partidarios de la ciencia que se ocupa en el estudio de la riqueza y del trabajo, partidarios de la *ciencia del pan*, como la llama un escritor de talento, pues estamos persuadidos que ella con el curso del tiempo resolverá las difíciles cuestiones hoy pendientes. Mas para el logro de tan importante objeto menester es que la ciencia económica deje de ser atea y materialista, cual hasta aquí lo ha sido; que tenga muy en

cuenta que el hombre no *vive de solo pan*, es decir, que las necesidades materiales están subordinadas á las del espíritu, no siendo posible satisfacer las unas, si se olvidan ó desatienden las otras.

Pero desgraciadamente sucede respecto de esta cuestión lo que con las mas de las que en nuestros días se ventilan, á saber, que mientras mas se ensancha el círculo de la ciencia, tanto mas se reduce el de la religión; á medida que la ciencia descubre nuevas leyes sociales y armonías económicas, se torna tanto mas altanera y orgullosa, y dejando de dirigir al cielo sus miradas, cree poder encontrar en la tierra y en sí misma cuantas luces son necesarias para dirigir á la humanidad por las escabrosas sendas que atraviesa. De aquí es que la economía se presenta hoy con grande aparato científico, aparato que somos los primeros en admirar y respetar; pero preciso es convenir en que no ha sido siempre muy feliz en la aplicación práctica de sus teorías, y esto no porque verdaderamente no haya progresado, sino por haber querido desentenderse á todo trance de las ideas religiosas, las cuales, dígame lo que se quiera, entran por mucho en todas las ciencias que se rozan íntimamente con la sociedad humana.

La economía ha dicho: «Yo no puedo ni debo estender mi vista mas allá de la tierra, esto está reservado á los teólogos; yo no debo dar lecciones de moral ni meterme en ciertas honduras relativas al espíritu, quédese esto allá para los metafísicos y moralistas.» No pretendemos que el economista sea teólogo, ni siquiera metafísico; pero preciso es no olvidar que una ciencia cuyo objeto es la felicidad del hombre, andará á tientas mientras no posea un conocimiento completo de la naturaleza del mismo. Si no conoceis al hombre, ¿cómo os atreveréis á asegurar que vuestros principios reducidos á práctica proporcionarían prosperidad y bienestar á las sociedades? Lo primero que debe averiguarse en cuestión tan delicada y trascendente es si hay armonía entre nuestras necesidades y los medios que nos proponéis para satisfacerlas; y mal podrá existir semejante armonía, si empezais vues-



tras elucubraciones examinando los objetos bajo un punto de vista á todas luces falso, es decir, si haceis abstraccion completa del espíritu, concentrando toda vuestra atencion y limitando exclusivamente vuestras miras á los intereses materiales. Obrando de esta suerte mutilais al hombre, introduciendo en él una separacion que no existe en la naturaleza, y por lo mismo basais en un principio ilusorio vuestras teorías, que al pasar al terreno de la aplicacion deben tropezar necesariamente con insuperables obstáculos.

Y no nos digais: «Nosotros no negamos la existencia del espíritu, no negamos que haya en el hombre necesidades de un orden superior, si se quiere, al de los intereses materiales; pero á nosotros no nos incumbe nada de lo que se refiere al espíritu.» ¿Cómo? á vosotros no os incumbe saber si hay en el hombre algo mas que materia? á vosotros no os incumbe averiguar si los goces materiales son los únicos á que debe aspirar el hombre, ó si hay otros de un orden mas elevado, por los cuales deban ser limitados los primeros? no os importa saber si *es la tierra el centro de las almas*, como dice uno de nuestros poetas? Creemos que no es muy difícil demostrar cuán errado sea este juicio.

El objeto de la economía, sea cual fuere la definicion que de la misma se adopte, no puede ser otro que comunicar una suma cada vez mayor de bienestar material al mayor número posible de individuos. Pero el bienestar material no es una cosa absoluta, no consiste tanto en la acumulacion de goces, cuanto en la proporcion de estos con las necesidades del hombre. Desde luego pudiéramos dirigiros estas preguntas: qué entendéis por bienestar material? ¿qué quereis significar con la palabra necesidades? ¿Incluis en el número de estas todas y cualesquiera inclinaciones del corazón? no distinguís las legítimas de las bastardas, las reales de las ficticias? Hé aquí pues cómo no podeis dar un paso, sin que en el umbral mismo de la ciencia se os presente la naturaleza del hombre con sus misterios, y la religion con sus máximas y sus principios. Si atropellais por todo, y pasais ade-

lante murmurando: «¿y á mí qué? yo acumulo solo riquezas, yo preparo solo satisfacciones y goces, y de lo restante ni debo ni quiero curarme,» ¡ay entonces de vuestra ciencia! El corazón humano nunca dice *basta*; cuanto mayor sea la suma de goces que le presentais, tanto mayor la ambicion: y como hay muchos desheredados de la fortuna á quienes no es concedido penetrar en la sala del festin, estos naturalmente gritarán que vuestra ciencia de nada sirve, porque no reparte los goces por igual; que vuestra ciencia es *retrograda y obscurantista*, porque crea razas y privilegios, estableciendo el feudalismo del oro, cien veces peor todavía que el del nacimiento y de la fuerza. «Venga el socialismo, esclamarán, venga la *fraternidad y la igualdad universal*, y vámonos á sentar todos sin distincion de clases á la mesa del placer.»

¡Argumento terrible! Y cierto que no somos nosotros quienes lo inventamos; el pueblo trabajador, el pueblo desheredado lo formula todos los días. Y francamente, su aterradora lógica es incontestable para vosotros que reducís toda la ciencia económica á ciencia de bienestar y goces materiales; para vosotros, que atentos exclusivamente al cuerpo, no os fijais ni quereis fijaros un momento siquiera en el espíritu. Y sino, ¿cómo le contestareis al pueblo, que encarándose con vuestra ciencia, le pida medios de gozar, como gozan los hijos mimados de la fortuna? ¿Qué le respondereis, cuando os pregunte el *por qué* de esa *caprichosa é injusta* reparticion de la riqueza? Le hablareis de un destino superior que nos aguarda mas allá de la vida? No, porque vosotros no debeis *meteros en hondoras propias únicamente de un teólogo*. ¿Le direis que el gozar debe tener un límite? que la felicidad es compañera inseparable de la moderacion y la templanza, del amor al trabajo etc.? No, porque vosotros no *dabeis dar lecciones de moral*, ni os incumbe otra cosa que el acrecentamiento de la riqueza y los goces. ¿Le direis que la desigualdad de fortunas es una necesidad fatal, irremediable, fundada en la naturaleza misma de las cosas, y que la ciencia no puede vencer completamente? «Entonces si así



es, os replicará el pueblo trabajador, si así es, guardaos vuestra ciencia; lo que ella no sabe realizar con todos sus progresos, lo realizaremos nosotros con el calor de nuestra idea. Somos los mas, el triunfo es indudable. Con el vigoroso empuje de nuestro brazo derribaremos ese ídolo de la *fatalidad*, ante el cual se postra humillada é impotente vuestra ciencia.»

El economista pues, quiera que no, se encuentra en frente de un terrible misterio, la existencia del mal, que la ciencia no ha sido parte todavía á explicar ni á conjurar. De consiguiente, si es ateo ó materialista, ó si no siéndolo hace consistir toda su ciencia en cálculos matemáticos ó en cuestion de guarismos, se verá obligado á rendir parias al socialismo, el cual en honor de la verdad tiene de su parte toda la fuerza de la lógica, desde el momento en que la tierra es considerada como el último fin de nuestra efímera y trabajada existencia.

No hay para que negarlo, el espectro del socialismo que asoma su fiero rostro por encima de las ruinas amontonadas por las revoluciones modernas, ha sido evocado por la ciencia económica. Esta con sus progresos ha despertado en la actual sociedad una sed insaciable de gozar; y no siendo bastantes á satisfacerla todos los productos de la actividad y del trabajo, ha sucedido lo que naturalmente debia suceder, es decir, que las clases proletarias, agitadas por la devoradora fiebre de la concupiscencia, han tomado una actitud amenazadora, disponiéndose á arrojarse sobre las riquezas acumuladas, á las cuales creen tener derecho. Y efectivamente lo tienen incontestable, toda vez que se parta del absurdo principio de que el goce material es el último fin de nuestro sér; en tal suposición es difícil, imposible, señalar una razón valedera que justifique esa desigualdad social que sume al pobre en la indigencia y el dolor, mientras el rico nada en la abundancia y duerme repleto en los brazos del placer.

Así pues, la ciencia por sí sola no basta para resolver el gran problema social de nuestros tiempos, son menester además las luces

de la religion y sus eficaces auxilios; es menester que esas dos compañeras, esas dos hijas del cielo, se den la mano, y así unidas sirvan de guía y de sosten á la humanidad, que sin duda alguna progresa y marcha, pero no sabemos hácia donde, porque el porvenir es un misterio.

JUAN MAURA PRO.

## JESUCRISTO.

### III.

Es la incredulidad una especie de nave que despliega sus velas á todo viento menos al que pudiera conducirla á seguro puerto. Buscando nuevas soluciones al problema, no seria extraño que dijese: «Una cosa es la fundación del cristianismo, otra la formación de su sistema teológico. La adoración al Sér supremo en espíritu y verdad, las aspiraciones al perfeccionamiento del alma, los principios de una moral austera, las promesas de una vida perdurable, la ley de amor promulgada á toda la humanidad, esta es la obra de Jesucristo. Sus continuadores propagaron las máximas que de su boca habian oído, y las vieron florecer entre crecido número de adeptos. Esta sociedad que nació pura y vigorosa en medio de una sociedad vieja y corrompida, sin duda alguna seria creyente; pero su símbolo tendria algo de vacilante é indeciso, asemejaríase mas bien á un conjunto de opiniones filosóficas acreditadas que á una serie de dogmas definidos. ¿Quién es capaz de seguir el curso y apreciar las transformaciones sucesivas de una idea, desde su embrion primitivo hasta su completo desenvolvimiento? La sociedad cristiana no podia menos de haberse formado un elevadísimo concepto de la persona de Jesucristo: amor, respeto, admiración todo lo merecia su fundador, su jefe, su modelo. Unos le considerarían, por decirlo así, como la quinta esencia de la perfección humana, otros le concederían cierta cosa de sobrenatural y celeste: para estos seria una creación aparte, para aquellos una emanación del Sér divino; y estas ideas, naturalmente espuestas á la exageración ya por una frase hiperbólica ya por un elogio entusiasta, llegarían con el tiempo á convertirse en el dogma de su divinidad.»

Muchas y elevadas son las consideraciones con que debiera impugnarse una teoría tan completa-



mente arbitraria y destituida de fundamento. Con todo, prescindiendo de que para sostenerla es preciso destruir el íntimo y recíproco enlace de todas las doctrinas dogmáticas y morales que constituyen el sistema cristiano, y de que para darle siquiera unos visos de verosimilitud hubiera de empezarse borrando sílaba por sílaba todos los libros del Nuevo Testamento, desde la primera del Evangelio hasta la última del Apocalipsis, nos limitaremos á una sencilla observacion, que si bien no es la mas poderosa, la creemos suficiente para demostrar el absurdo de aquella teoría.

Suponer posible un cambio tan radical en las creencias de las primeras generaciones que militaron bajo la enseña del cristianismo, es declararse del todo ageno á las mas vulgares nociones de historia y de filosofía. Este ejército de voluntarios que se habia alistado sin esperanza alguna de mundano premio, de seguro tendria bien conocida la causa por qué se aprestaba á sangrientos combates. No habia vaguedad ni confusion de ideas. En nuestros dias la multiplicidad de los sistemas filosóficos, políticos y sociales ha producido tal muchedumbre de opiniones, que en el inmenso caos donde hierven no es cosa de fácil ejecucion discernir cada uno las suyas; pero el sistema cristiano brotaba aislado en medio del paganismo, y ninguno podia adoptarlo sin saber claramente en qué consistia. El ministerio sacerdotal velaba á las puertas de la iglesia, impidiendo que las franquease un entusiasmo irreflexivo y falto de la instruccion competente, y puede decirse que á sus puertas velaba tambien el amago de la persecucion para que nadie osara franquearlas con una fe tibia é indeterminada. No es conocer al hombre juzgar que su conducta ha de ser idéntica en contrapuestas situaciones. Mírase ahora con desden la instruccion religiosa, acéptase el cristianismo en globo, créese á bullo, si es lícita esta espresion; pero de aquí no ha de inferirse que en todos tiempos haya sucedido lo mismo. La indiferencia religiosa, este cáncer mortal de nuestra época, no ha sido la enfermedad de todas las anteriores. ¿Se pretenderá por ventura asimilar á la fe de una generacion, que insaciable de oro y placeres se vanagloria de llamarse positiva, la fe de una generacion que concentrando sus aspiraciones en el cielo se veia á cada paso espuesta á morir por sus creencias? Adoptarlas, perseverar en ellas tenia que ser efecto de una conviccion profunda porque se hacia causa de un riesgo permanente, ¿y podia ser viva y acendrada la fe siendo una fe confusa y ambigua? ¿Con artículos indeterminados podian señalarse los límites al campo

de la ortodoxia? La espada de los verdugos del César por una parte, y por otra los anatemas de la Iglesia eran estímulos demasiado terribles para que los fieles dejaran de aprender exactamente su catecismo. Es claro pues y de toda evidencia que los cristianos de los primeros siglos sabian perfectamente á qué atenerse respecto á la persona de Jesucristo.

Ahora bien: sea cual fuere la idea primitiva que se les hubiese inculcado, si no era este el dogma formal y terminante de su divinidad, desde aquella idea á tan sublime dogma la distancia que media es infinita. ¿Y cómo pudiera haberse salvado esta distancia sin producir una alarma, sin escitar una reclamacion, sin provocar un conflicto? ¿Cómo pudiera darse este paso gigantesco sin que se percibiese el rumor de la pisada? ¿Por ventura el depósito de las doctrinas recibidas estaba confiado á uno solo para que este pudiera alterarlas á su antojo? Todas las tentativas de los innovadores se estrellaban en la firmeza é inflexibilidad de la tradicion cristiana, ¿y esta innovacion de suma trascendencia hubiera podido encontrar universal acogida? ¿Todos creerian hoy lo que ayer no habian creido, sin que se tropezara con un solo renitente que protestase contra la desercion de la fé antigua? Admitir la posibilidad de semejante hipótesis, no solo es desconocer completamente la constitucion de la Iglesia, sino tambien el carácter histórico de los fieles que la componian. ¿No era este por ventura una repugnancia invencible á la novedad y á la idolatría? Y con este horror, que siendo hijo de la reflexion tenia la fuerza de instintivo, ¿habian de aceptar la primera viéndola marcada con el sello de la segunda? Porque, ¿cómo podia Jesucristo ser el Dios de los hijos si no habia sido el Dios de sus padres? El general de un ejército victorioso puede elevarse al trono de su nacion; pero el gefe del cristianismo no podia llegar á ser su Dios si como á tal no se le hubiese adorado desde el principio.

Singular anomalía suponer en el seno del cristianismo naciente una revolucion que transforma su carácter, y que no haya quedado memoria del caudillo de esta revolucion victoriosa! Los gefes de las facciones disidentes salvaron su nombre de la oscuridad; ¿será que el triunfo no alcance á lo que alcanza la derrota? ¿Y quién habia de ser aquel caudillo? ¿un simple fiel? ¿un creyente iluso? ¿una eminencia de la gerarquía eclesiástica? Mas, ¿qué era, qué valia ante la Iglesia universal el hijo que se desviaba del sendero trillado y se atrevia á quitar ó añadir una tilde en el libro divino? El depósito de las doctrinas antiguas debia trasmitirse incólume



de generacion en generacion. Ciencia, dignidades, virtudes, hasta la auréola del martirio, cuando se atentaba á la integridad y pureza de la fé, no salvaban del anatema. La Iglesia no ha reconocido nunca privilegios en el error: para sus individuos mas humildes, como para sus doctores mas esclarecidos, tenia el *vade Satan* con que apostrofó Jesucristo al mismo Pedro. Tertuliano el mas brillante y vigoroso de los apologistas, Orígenes el mas fecundo de los escritores eclesiásticos, perennes son y pavorosos monumentos que alestiguan el proceder invariable de la Iglesia.

No hay subterfugios para la razon orgullosa: lo que creemos nosotros acerca de Jesucristo es exactamente lo mismo que se creía en la era de los mártires, lo mismo que se creía en los tiempos apostólicos. Su divinidad fué proclamada en alta voz, cuando todavia humeaba su sangre en las rocas del Calvario, y sentian los verdugos el cansancio de sus brazos. ¿Y el éxito asombroso de esta proclamacion, no es una prueba evidente de que fué la proclamacion de una verdad indestructible?

A los que en nombre de la independencian de su corazon la torturan cruelmente, perdiéndose en la oscuridad de sistemas nebulosos que solo prueban la monstruosa fecundidad de la imaginacion humana; á los que se apacientan de erróneas doctrinas, yerbas venenosas cuyo solo sabor consiste en lo que tienen de opuesto al cristianismo; á los que fatigan su espíritu con el triste objeto de cerrar mas cómodamente sus ojos á la clarísima luz que ha iluminado el mundo, ¿no se les pudiera decir, invirtiendo el motivo, lo que Porcio Festo al grande Apóstol de las gentes: *multæ te litteræ ad insaniam convertunt?* ¡Oh cuánto mas racional es la fé de los sencillos, que desentendiéndose de vanas argucias como de la cabilosa insistencia de los judíos el sanado ciego, y postrándose á los piés del Crucificado, esclaman: creo, Señor! El racionalismo se empeña como los príncipes de la Sinagoga en no ver en Jesus mas que al hijo de José; pero la Iglesia afirma, como la hermana del resucitado Lázaro, que es el Cristo hijo de Dios vivo. Y esta es la verdad: verdad no solo testificada por las sagradas escrituras, sino demostrada tambien por la historia y la filosofía. Los errores no pueden dar de sí resultados tan prodigiosos; y lo que ha transformado el mundo, lo que enaltece á la humanidad, lo que santifica al individuo, lo que civiliza á las naciones, es el dogma de la divinidad de Jesucristo.

T. AGUILÓ.

## DIA DE DIFUNTOS.

ÚLTIMO ESCRITO DE APARICI (\*).

¡Oh, y qué grande es la Iglesia de nuestro señor Jesucristo!

Ayer celebraba cantando la fiesta de todos los santos; hoy recuerda llorando á todos los muertos.

La Iglesia visible celebra, digámoslo así, desposorios ánuos con esa otra Iglesia, para la cual no existe ya el tiempo.

Dia de Todos santos! Fiesta á los triunfadores que ganaron, en este mundo que pasa, la corona inmortal que han de ceñirse en otro que no pasará. Vedles con los ojos del espíritu en el cielo; de toda edad y sexo y condicion, de toda tribu y de toda lengua, á quienes recogió Jesucristo amorosamente en los caminos de la vida, en la montaña y en el valle, en el palacio y en el calabozo; los que en medio de los deleites del mundo permanecieron puros; en medio de sus bajezas, nobles; en medio de sus dolores, resignados; y en lo alto y en lo bajo, y en las alegrías y en las amarguras, amando á Dios y amando en Dios á los hombres.

¡Tambien la muerte tiene su dia! y en ese dia, ¿por quién pedimos á Dios? ¡Cosa admirable! Por nuestros padres y amigos, pero á la vez por todos los muertos. Y ahora, á miles de leguas de nosotros, hay hombres á quienes nunca hemos visto, cuyo nombre jamás sabremos, y en estos momentos están rogando por sus padres y amigos, pero tambien por todos los nuestros. Ruegan por las personas que nosotros amábamos, así como nosotros por las personas que ellos amaban.

Divina es una religion que hasta de la muerte se sirve para estrechar la fraternidad entre los hombres!

¡Divina es una religion que hace elevar al cielo por una alma sola todas las oraciones de la tierra!

Despues del pecado la muerte es un beneficio. ¡Gracias, buen Dios! Tú te compadeciste del hombre y abreviaste sus dias sobre la tierra; postrados solo en tu presencia, te damos gracias.

Levantaos los que sufris y llorais: mirad á lo alto y alegraos, porque todos hemos de morir.

El pensamiento de la muerte asombra los placeres del impío, refrena los furoros del insensato, consuela á los infelices, alienta á los débiles....

El solo pensamiento de la muerte nos ampara á nosotros los débiles, contra vosotros los opresores.

Sumergios en un mar de deleites, ó palpad el oro con alegría codiciosa; pero sabed, desdichados, que habeis de morir! y vendrá un dia, y no se tardará, en que os agarreis inútilmente con manos desesperadas de la riqueza que se escapa.

Si un tirano golpea con su cetro de hierro mi cabeza, ó si hundís, verdugos, el puñal en mi pecho desarmado, á aquel y á vosotros diré: sabed, desdichados, que habeis de morir! y vendrá un dia, y no se tardará, en que un vengador

(\*) Esta circunstancia añade sumo interés al que inspiran todos los escritos del gran pensador y publicista que en estos momentos llora España, pues se publicó tres dias antes de su muerte en la *Regeneracion* del 2 del actual.



inevitable quiebre de un golpe el puñal en vuestras manos ó la corona en vuestra frente.

Siente el cristiano algo dentro de sí que le pone á cubierto de toda tiranía. No la teme; que cosa que dura poco, vale poco. No la teme, porque no ha de faltar quien le libre de ella. La muerte es libertad.

Nos asustó el impío exaltado como cedro del Líbano: pasamos, volvimos la cabeza, y ni el lugar vimos ya en que el cedro arraigaba.

Entrad en ese cementerio, alzad las losas, removed la tierra. ¡Qué república, gran Dios, y qué ciudadanos!...

Señores que oprimís á los hombres y os mofáis de Dios, os doy una alegre nueva; dentro de poco sereis ciudadanos de esa república.

Recia cosa debe de ser para los grandes criminales, que el mundo laurea, caer de repente y desnudos y temblando entre las manos de Dios vivo.

Cuando pasó el otoño y es fría la brisa de la tarde, el insecto se envuelve como para morir sobre la hoja, juguete del viento; pero cuando el aura regalada de la primavera viene á mecerle amorosamente, toma brillantes alas y se vuela. En el sepulcro dejó el hombre su cuerpo miserable; lo que piensa, lo que cree, lo que ama en él, el noble huésped que animaba aquel barro, no entró en el sepulcro, volóse al cielo.

Morir para quien muere en Jesucristo, es saltar en el bajel que aporta á las playas eternas; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles.

## CRÓNICA.

Continúan las audiencias en el Vaticano. Hace algunos días que el padre santo, al disponerse á dar su paseo de costumbre, encontró en una de sus salas de la antecámara un magnífico *fac-simile* en bronce de la estatua de san Pedro venerada en la basílica del Vaticano, y que habia mandado ejecutar un rico extranjero. Detúvose Pio IX algunos momentos á examinar este hermoso trabajo, y después de haber bendecido la estatua, se presentó en la sala del consistorio, donde era esperado por gran número de familias forasteras. Al aparecer su santidad, llenó la sala una salva de aplausos. Uno de los asistentes se adelantó hácia el soberano pontífice, y le ofreció una soberbia pila en cristal iluminado y guarnecido de un magnífico trabajo en plata. El padre santo quedó muy satisfecho de este regalo, y finalmente dirigió á los asistentes algunas palabras en lengua francesa.

El padre santo ha recibido en audiencia privada al P. Secchi, recientemente llegado á Roma desde París, donde se encontraba como representante de los Estados Pontificios para tomar parte en el congreso científico, relativo á la rectificación de unidad de medida métrica.

Han sido también recibidos en audiencia privada el obispo de Feltre y de Bellune, el de Ajaccio, el Rdo. P. General de los padres de Valleumbroso, y el embajador de Francia.

El día 23 lo fué el Excmo. Sr. D. Pedro Galvez, ministro plenipotenciario de la república del Perú, recientemente llegado á Roma, encargado de una misión extraordinaria cerca de la santa sede. El Sr. Galvez ha presentado á su santidad sus credenciales á nombre del presidente de la república del Perú. A propósito de esta audiencia decia en Roma un extranjero: «La revolución ha querido arrancar á Pio IX su

corona temporal, pero Dios le suscita hijos hasta en las mas remotas regiones, y estos hijos le envian solemnemente el homenaje de su filial acatamiento.»

También ha sido recibido en audiencia privada por su santidad D. Pedro Mattei, fundador y director de una sociedad de jóvenes florentinos, destinada á propagar la obra del Dinero de san Pedro, juntamente con tres de estos jóvenes y sus parientes. Esta sociedad, que ha merecido ya la aprobación del padre santo mediante una carta autógrafa que le envió su santidad á poco del jubileo pontificio, comisionó al Sr. Mattei para que fuera intérprete de sus sentimientos y adhesión inalterable hácia el soberano pontífice, y para que entregara al augusto prisionero del Vaticano el óbolo de sus hijos de Florencia y un bello mensaje en que le pedían la bendición apostólica.

El corresponsal romano del *Journal de Florence* cuenta en su última carta que asistió á una audiencia del Vaticano, á la que asistían también algunos cuáqueros. «Estos eran tres, dice el corresponsal, y como yo estaba colocado entre ellos, pude examinarles á mi gusto. Guardaban silencio. Cuando Pio IX se acercó á ellos, se arrodillaron y le besaron la mano con tanto respeto que me conmovieron. El papa les dijo: «No es esta, señores, la primera vez que os veo aquí. Creo que hace tres años os ví en este mismo sitio.» Admirados los cuáqueros de verse así reconocidos después de tres años por el papa, dirigieron á su santidad en voz baja algunas palabras. Pio IX los examinó por breves instantes en silencio, y miróles con una ternura inefable. Acaso rogaría á Dios para que iluminara sus almas con un rayo de su divina gracia. En seguida se despidió de ellos sin darles la bendición, pero saludándoles con la mano, como diciéndoles: *Hasta la vista*. Impresionado yo, continúa el corresponsal, por lo que acababa de ver, y aun á riesgo de pasar por indiscreto, me atreví á dirigir la palabra á mis compañeros, diciéndoles: «Yo creía que no reconocíais al papa, caballeros.» Uno de ellos, con voz muy fina pero firme, respondióme: «Nosotros, es cierto, no reconocemos al papa; pero reconocemos al soberano de este país, y á este hemos rendido por segunda vez nuestros homenajes.»

El papa celebró la misa del 1.º de noviembre en la capilla Sixtina en presencia de muchas personas distinguidas, entre ellas el embajador de Francia. Esto prueba que la preciosa salud de su santidad sigue inalterable.

Dos días antes unos cuantos canallas fueron á insultar al papa bajo las ventanas del Vaticano, á ciencia y paciencia de las autoridades del excomulgado.

Su santidad acaba de remitir una nueva suma de 4.000 francos para socorro de las víctimas de las inundaciones que han asolado el Piamonte y la Toscana. A los inundados de Ferrara ha remitido la cantidad de 6.000 francos.

El día 3 del corriente volvió á Roma el rey Víctor Manuel, siendo recibido con el mismo entusiasmo que inspira por acá su hijo Amadeo en sus paseos y escursiones.

La noticia de hallarse en el mejor estado las negociaciones para una reconciliación entre la santa sede y el gobierno ruso, ha dado lugar á ciertas amenazas de parte de algunos periódicos alemanes, que participan del engreimiento de sus amos y subvencionadores. *El Mundo ruso* lo consigna así; y un periódico de Viena, liberal y anti-católico y por tanto amigo de Bismark, dice que quien se declare amigo del papa «es por esto solo enemigo de Alemania, que como se sabe en San Petersburgo es un adversario peligroso.»

A lo cual contestan algunos periódicos rusos con la energía que es de suponer, y con estas palabras el precitado: «Convenimos con la prensa alemana en que Alemania puede ser tan poderosa amiga como temible enemiga. Pero á las orillas del Volga, del Don, del Ural, del Dwina y del Dnieper viven muchos millones de hombres que tienen conciencia de su valor y fé en sus destinos..... hombres que no se asustan por amenazas.»

Segun *La Correspondencia Universal*, se añade que en Rusia se ocupan mucho del espionaje de los alemanes, y que se piensa en el porvenir.



En los periódicos franceses encontramos la importante noticia de que el partido católico y el partido nacional polaco están unidos de una manera indestructible. Como se refiere esta noticia á la Polonia prusiana, no puede desconocerse la gravedad que encierra para los amigos y adversarios de la política de Berlín. Se citan algunos hechos que revelan el propósito de los polacos de no sufrir nuevas humillaciones patrióticas y religiosas, sin protestar al menos contra ellas.

Para enseñanza de los pseudo-liberales de por acá, cuyo amor á la libertad llega hasta el punto de regocijarse con cuantas persecuciones sufre la Iglesia de parte de los tiranos sobre todo en Alemania, publicamos con mucho gusto el siguiente juicio que hace de la política de Bismark el órgano más importante de los liberales y protestantes de Holanda, el periódico *Arnhemsche Courant*:

«Prusia ha suscitado un conflicto, cuyo fin y consecuencias no es posible prever, conflicto en el que ha correspondido al obispo de Emsland un honroso papel. Al examinar detenidamente sus palabras y sus actos, no puede menos de reconocerse que el obispo ha hecho por su parte todo aquello que razonablemente podía exigirse de un príncipe de la Iglesia católica para dar al César lo que al César pertenecía, sin sacrificar nada de su propia competencia eclesiástica. Por más que seamos también anti-ultramontanos, tan anti-católicos como es posible, es completamente imposible negar que la pretensión del gobierno prusiano, de criticar la oportunidad de un acto de excomunión eclesiástica, es extravagante y exagerado. ¿Qué diríamos los protestantes de un gobierno católico que censurase la aplicación de nuestros reglamentos eclesiásticos, ó que declarara incompetente una censura eclesiástica, porque fuera objeto de ella un súbdito de rey católico?»

El obispo de Strasburgo Mons Raess fué el 14 de octubre á Baden, en donde se hallaba el emperador Guillermo, y le pidió una audiencia. Se cree que el objeto de la visita del prelado fué esponer la triste situación de la Alsacia, y el deseo de obtener la derogación, ó por lo menos alguna dulcificación de las medidas fatales que se han tomado durante la dictadura. Los alsacianos católicos no quieren que se separe á los hermanos y hermanas de las escuelas cristianas. Esperan además conseguir que no se haga con los individuos de la congregación de San Ligorio y con los trapenses, muy queridos en Alsacia, lo que se ha hecho con los jesuitas. El emperador convidó á comer al ilustré prelado; pero se duda, así y todo, que este haya conseguido lo que desea.

Los católicos de Strasburgo toman sus disposiciones en defensa de sus derechos hollados. Ya han constituido un numeroso comité, á cuyo frente figura el arquitecto Sr. Petit. Este comité tiene el carácter de central, y organizará otros cantonales.

La asamblea francesa ha mandado que se hagan rogativas públicas para pedir á Dios que se apiade de las desgracias del país y que ilumine á los diputados de la nación al reanudar las tareas legislativas. Los obispos franceses se disponen á cumplir este voto nacional dándole toda la importancia que en sí tiene, y han dirigido notabilísimas circulares á los curas de sus diócesis para que dediquen el día 17 de noviembre á este objeto.

Como la religión y la patria están tan unidas en el corazón de los católicos, algunos prelados han ordenado que á continuación de los oficios divinos se hagan en dicho día cuestiones en favor de los loreneses y alsacianos, que dando una prueba ejemplar de patriotismo han abandonado su suelo natal por no sufrir la tiranía prusiana.

Están siendo objeto de los mayores elogios las magníficas circulares que han dirigido los prelados de Orleans y de París á sus diócesanos, con motivo de las oraciones públicas encargadas por el ministro de cultos.

Toda la Francia católica se prepara á tomar parte en las rogativas públicas ordenadas por la Asamblea. Los prelados,

el clero, los comités católicos, las cofradías, etc., se esmeran en que este gran acto nacional sea un verdadero acontecimiento. Por millones de ejemplares se hace la tirada de la *oración nacional* que se ha convenido en rezar. Algunas peregrinaciones terminarán los triduos y novenas debidos á la iniciativa de la Asamblea. El grito de ¡Dios salve la Francia! resonará una vez más en aquella gran nación.

El fervor religioso aumenta en París á medida que se estreman las pasiones demagógicas. Se calculan en 900,000 las personas que han visitado los templos en la festividad de Todos los Santos.

Mr. Rochefort, aquel demagogo peligroso que tanta parte tomó en el movimiento político que trajo los furros de la *Commune*, que empleó sus talentos y su pluma mordaz en destruir en el pueblo todo sentimiento de orden y de moralidad pública, y que por estas razones llegó á ser el ídolo de la demagogia francesa, ha caído con muestras de arrepentimiento á los pies de un sacerdote católico.

Cuando ha tratado de celebrar un matrimonio que asegurase la propiedad y el porvenir de sus hijos, satisfaciendo así á la vez los ardientes deseos de la infeliz mujer á él unida, Rochefort no se ha contentado con el matrimonio civil que bastaba para llenar las prescripciones legales y obtener sus ventajas. El obispo de Versalles, procediendo con la magnanimidad y prudencia que el caso requería y que la Iglesia acostumbra tener para con los pecadores arrepentidos, cualquiera que sea su clase y significación, después de tomar las precauciones debidas, de interrogar convenientemente al autor de *La linterna* y de *La Marsellesa*, y de obtener de este y ante testigos las declaraciones terminantes de ser católico y de someterse á la enseñanza de la Iglesia, autorizó la ceremonia religiosa.

Al día siguiente y antes de celebrarse el acto civil y la ceremonia católica, Rochefort de un modo espontáneo renovó sus declaraciones. Ante gran número de personas llamó á parte al abate Bourgeois cura de la parroquia, se arrodilló ante él y se confesó. Después se verificó el matrimonio.

El presidente de la república de los Estados-Unidos ha publicado el 11 de octubre último una alocución invitando á sus conciudadanos a que se reúnan para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos en el último año.

Después de esponer en ella las grandes ventajas políticas de que goza aquel país, y el desarrollo extraordinario adquirido por la agricultura, industria y comercio durante los doce meses últimos, concluye recomendando «que el jueves 28 de noviembre se reúnan todos los ciudadanos en los templos de sus respectivos cultos para manifestar á Dios su reconocimiento por los beneficios que su generosidad nos ha dispensado».

Este acto público de implorar sobre el país las bendiciones del Señor, se hace anualmente en los Estados-Unidos, sin que sirva, como serviría en Europa, para dar ocasión á unas cuantas blasfemias ó chistes de mal género. Es un hermoso ejemplo que todas las naciones cultas deberían imitar pero que las tendencias esencialmente anti-religiosas del liberalismo europeo hacen casi imposible.

## CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

Versará la primera, dada por D. Miguel Maura presbítero, sobre la *existencia de Dios*, que será también el tema de un diálogo entre varios jóvenes. Amenizará la sesión D. Juan de la Cruz Font Pro., con un concierto y variaciones de violín.